Ay, mi Granada, tú eres mi alegría.

Mi abuelo fue alguien fundamental en esta historia. Él fue quien me enseñó que el Granada era el equipo de mi ciudad por el que tendría que sufrir y así lo hizo con mi padre. En las largas charlas que teníamos me contaba que el club había ascendido a primera división hasta en seis ocasiones distintas. No me podía creer que el equipo que tan cerca tenía había llegado a tanto, y los años han acabado demostrándome que este club nunca se rinde.

Poco a poco fui creciendo en un ambiente futbolístico que me hacía sentir perteneciente a un club humilde, pero grande en valores. Jugaba varias veces en semana al fútbol, aprovechaba cada recreo del colegio para coger el balón y jugar con los amigos. Cada vez me gustaba más y soñaba con llegar lejos.

Pasaba horas y horas en las calles de mi Granada con el balón desgastado. Vivir cerca de la ciudad deportiva del club me hacía sentir esta pasión y me acercaba cuando podía a ver si veía a algún jugador.

Cada vez que veía al míster o algún jugador conocido se me aceleraba el corazón. Pocas cosas me ocurrían así. No entendía como un deporte me hacía sentir tanto. Era algo más que eso.

El pasado 5 de marzo del año pasado me levanté con nervios e ilusión. Abrí los ojos y ya me vino a la cabeza el partido que había ese día. Tocaba tener esperanza y creer que nuestro Granada podía meterse en la final de la Copa del Rey. Ante nosotros estaba el Athletic, un equipo bastante complicado y con

gran coraje. Era consciente de la situación, pero confiaba en que el equipo pudiera remontar y meterse en una final histórica.

Mi madre me notó algo raro esa mañana. Tenía una luz especial en los ojos. Me preguntó si me había pasado algo y le dije que nada. Mi madre no era muy aficionada y no entendería que todo lo que me rondaba en la cabeza ese día era el partido.

Desayuné leche con galletas y cogí mis cosas y me marché al colegio. Tocaba cumplir con la rutina antes de poder disfrutar de la tarde. No tenía ganas y se me hacía pesado. El tiempo parecía más lento y no me concentraba del todo en las clases.

Entre los compañeros se comentó lo que se venía y había distintas opiniones, pero todos teníamos fe y esperanza en nuestro equipo. Creo que fue una de las primeras veces que vi tanta ilusión entre mis compañeros. Todos estaríamos viendo el partido esa noche y al día siguiente no habría otra cosa de la que hablar.

Por fin llegaron las dos de la tarde. Salimos corriendo del colegio Santa Cristina mientras nuestro profesor nos deseaba suerte y ánimo para lo que se venía. Se notaba que había algo diferente en el ambiente. Los granadinos estábamos alegres y con ilusión.

Comí rápidamente y le dije a mis padres que quería ir al campo de fútbol a recibir al equipo y mi padre me guiñó el ojo. Sabía que hoy era una cita histórica. Me senté para ver las últimas noticias sobre el equipo y vi mi ciudad en el telediario porque cientos de bilbaínos habían viajado hasta Granada para

apoyar a su equipo. Me sentía identificado con ellos, yo también querría ver a mi equipo en todos los lugares que jugaba.

Me puse a hacer los deberes para que no pudieran regañarme ese día y amenazarme con no ir. Lo tenía todo controlado. Después iríamos a un bar cercano donde me solía llevar mi padre para ver el partido. No habíamos conseguido entradas.

A las siete de la tarde ya estaba preparado con mi camiseta y mi bufanda. No hizo falta que mi padre me avisara. Estaba nervioso y solo quería llegar Zaidín para poder ver a mi equipo. Salimos de casa y mi padre no paraba de mirarme y sonreír, había una complicidad diferente porque ambos compartíamos la misma pasión.

No paramos de hablar en todo el viaje y los nervios aumentaban según avanzábamos. Nos costó aparcar porque Granada entera estaba ese día en los alrededores de los Cármenes, pero al final conseguimos dejar el coche en un lugar apartado.

Antes de adentrarnos entre los grupos de gente mi padre me avisó que no me despegara de él y que le diera la mano si me agobiaba. Yo nunca había visto la ciudad así y esto me ponía más nervioso aún. Ver tanta policía me sorprendió, pero veía que todos estábamos alegres y nerviosos, no había motivos para sentir peligro.

Nos fuimos para la puerta de entrada de los coches y autobuses de los jugadores. Ya había bastante gente y cada vez llegaban más personas. Yo no podía parar de mirar para todos lados.

La gente comenzó a cantar y gritar ¡Viva mi Granada! y todos nos uniamos. Eran desconocidos para mí, pero en esos momentos se convertían en gente cercana que compartía la misma ilusión y eso no lo había vivido antes.

Apareció al fondo el autobús rojo y blanco y la gente se vino arriba. Yo gritaba a mi padre que ya venían y me subió a sus hombros para ver mejor porque la gente me impedía ver bien.

La gente llevaba bengalas rojas y blancas, bufandas, camisetas y todo lo que nos podía identificar con aquel equipo que nos tenía el corazón en vela. Lentamente se acercaba el autobús y los cánticos más crecían. Era algo emocionante. Cantábamos con alegría porque queríamos que los jugadores sintieran lo que estábamos viviendo y la confianza que teníamos en ellos.

Aunque no podíamos verlos por los cristales, sabíamos que estaban ahí y que iban a dar lo mejor de sí mismos porque sabían que era un día histórico.

Gritamos, cantamos, animamos y mostramos nuestros colores como si se fuese a acabar el mundo. Acabé cansado de tanta emoción, pero me sentía el más feliz de todos. No podía parar de sonreír.

Nos fuimos al bar de siempre mientras mi padre me pedía un refresco. La televisión estaba puesta y la voz a todo volumen. La gente estaba nerviosa. Cantamos desde allí el himno como si estuviéramos en el campo y nos abrazamos al terminar.

Nos pusieron unas ricas tapas, aunque el estómago lo tenía cerrado por los nervios de un partido que

estaba siendo sorprendente. La primera parte había sido muy movida, el equipo estaba mostrando su mejor versión.

Tras el comienzo de la segunda llegó el primer gol. No nos lo podíamos creer, estábamos eufóricos y Germán marcó el segundo. Qué orgullo de mi equipo, qué manera de luchar.

El gol del Athletic fue como un golpe en el suelo que cambió el ambiente de todo el bar. La rabia de ese cambio al final del partido se hizo más grande, pero no podíamos dejar de ver a un equipo humilde como mi Granada plantándole cara a un Athletic potente.

Ese día volvimos a esperar a que salieran los jugadores porque no quería irme sin darles las gracias por esos momentos. Nunca he vivido algo parecido y con la pandemia se ha hecho todo más difícil. Ahora cantamos y luchamos desde el salón de mi casa, pero no es lo mismo.

Mi deseo para el año que viene es poder volver a disfrutar de mis grandes pasiones y una de ellas es el fútbol. Espero que el 2021 nos de las alegrías que este último nos ha quitado.

Gracias a mi equipo la espera se me ha hecho más corta. Está dejando a mi ciudad en el lugar que merece.

Emiraldo Granadino